

Trajo á sí, de esta manera, á toda la creación, tomándola por su fondo, para consagrarla toda y hacerla digna de la gloria de su autor.

Y como el Verbo, igual al Padre, en naturaleza, es realmente distinto en persona, el acto de encarnarse es propio del Hijo é independiente del Padre.

Y todos los actos que como Dios-Hombre tenía que ejecutar, eran de igual modo propios é independientes.

Actos de precio infinito ofrecidos al Padre.

Y como actos divinos é independientes del Padre, no le son debidos al Padre: son voluntarios por parte del Hijo; se ofreció porque quiso, dice San Pablo, *oblatus est quia ipse voluit.*

Rindió de este modo al Creador, una gloria hasta entonces desconocida en el cielo mismo, porque en el cielo había un Dios adorado, espíritu que le adoraban; pero no un Dios que adorara.

La encarnación realizó este prodigio estupendo y el Verbo hecho hombre, comunicando por la gracia su naturaleza divina á aquellos cuya naturaleza creada había tomado, se reproduce en sus discípulos, se multiplica en los cristianos y

hace de ellos otros tantos Cristos, otros tantos dioses, adorando á Dios con una adoración que nace de la suya.

De este modo la creación se levanta: rinde á Dios la gloria que sea digna de El.

Por eso, cuando Cristo nació, los ángeles anunciaron la solución del problema de la creación, diciendo: *Gloria á Dios en los cielos*, la gloria que se había propuesto recoger al crear el mundo: sólo encarnándose Dios, como se encarnó, podía tributarle la creación un homenaje digno de su grandeza.

#### SEGUNDO FIN DE LA CREACIÓN.

Acabamos de ver que Dios recibe de la creación, por medio de Cristo, un honor infinito.

Cristo es el Pontífice de la creación; unido á la naturaleza humana rinde á su Padre celestial una adoración adecuada á su gloria.

Cristo, hecho hombre, es un Dios que adoraba á su Padre.

Es decir, Cristo, hecho hombre, es un Dios adorante.

Otro prodigio se realiza en el plan Divino.

Si la encarnación proporciona á Dios, digamos así, un Dios que le adore, presenta al mismo tiempo un hombre adorado.

Dios adorando será lo mismo que este hombre adorado, el mismo Cristo, Dios y Hombre, al mismo tiempo.

Cristo, Pontífice de la creación, para realizar el primer fin de esta, es también el Rey de la creación, para realizar el segundo.

Tal es el plan divino.

En los Libros santos se llama á Cristo, Hijo único de Dios, *Unigenitus* y se le llama también primogénito, *Primogenitus*.

En algunas páginas de aquellos libros se le nombra *engendrado* y en otras *creado*. Sin profundizar en el estudio de estos textos, resulta de ellos y en sentir de los más eminentes Padres de la Iglesia, como lo observa Suárez, *Hanc esse expositionem magnorum patrum*, que como á Dios, se le llama *Hijo Unico, engendrado*, y, como á hombre se le llama *primogénito, creado*.

San Pablo con su palabra siempre correcta, y siempre llena de luz, descubre en esta materia la enseñanza católica.

Cristo, según las enseñanzas del Apóstol, que, á no dudarlo, vinieron del Cielo, es el primer nacido *Primogenitus omnis creaturæ*.<sup>1</sup>

Es Cristo el ser á quien Dios constituyó heredero del universo *Quem constituit heredem universorum*.<sup>2</sup>

En los designios de Dios, Cristo dominó todas las cosas y todas las cosas se refieren á él, *Ipse est ante omnia et omnia in ipso constant*.<sup>3</sup>

Todas las cosas visibles ó invisibles, celestiales ó terrestres, han sido creadas en él y para él *In ipso creata sunt, propter quem omnia*.<sup>4</sup>

San Anselmo, resumiendo estas frases del Apóstol, dice: Cristo como hombre es el fin que Dios tuvo á la vista al crear toda las cosas, y por él las creó todas.

Hemos visto, en otros de los artículos que preceden, que el fin inmediato de la creación es el hombre.

Esto es una verdad; pero la cabeza del hombre es Cristo, así lo enseña San Pablo cuando dice: *Omnis viri caput Christus est*.<sup>5</sup>

1 Ad. Coloss., I-15.

3 Ad. Coloss., I-17.

5 I Ad. Corinth., 11-13.

2 Ad. Heb., I-2

4 Ibid., 16.

San Pablo explica este pensamiento con más claridad todavía.

Cuando Cristo, dice, fué introducido en el mundo, como en su reino, Dios hizo que los ángeles le adoraran, *Cum introduxit primogenitum in orbem terræ, dicit: adorent eum omnes angeli Dei.*

Cristo era, agrega San Pablo, no sólo la cabeza de todo hombre, sino de todo principado, de toda potestad, de toda virtud, de toda dominación, de todo lo que tiene nombre entre los seres, no sólo en el siglo presente,<sup>1</sup> sino también en el futuro.

En una palabra, concluye San Pablo, Cristo tiene el principado sobre todo lo que existe, menos sobre Aquel que ha puesto todas las cosas á su servicio; *in omnibus ipse primatus tenens, præter eum qui subjecit ei omnia.*<sup>2</sup>

Así es que el reinado de Cristo es tan extenso como lo es su pontificado ó su sacerdocio; todo le adora, como todas las cosas adoran por medio suyo al Dios invisible.

Cristo, de consiguiente, es el rey de la creación.

Y lo es no por accidente ó por consecuencia, sino por un designio primordial y por vía de principio.

<sup>1</sup> Ad. Ephes., I-21.

<sup>2</sup> Ad. Coloss. I-18.

Dios, al crear al universo, tenía ante los ojos de su inteligencia á Cristo, como fin de la creación.

En el Génesis encontramos esta palabra llena de significación profunda: *hagamos al hombre á nuestra imagen.*

La imagen de Dios es su Verbo, su Hijo Unico.

Claro es, entonces, que al crear al hombre tenía la intención visible de referirlo al Verbo, á su Hijo Unico.

Es decir, al formar á Adán tenía en su pensamiento la idea de formar en él á un Adán futuro, que fuera Dios.

San Pablo lo expresa así: *Adam, qui est forma futuri*<sup>1</sup>

Tertuliano, con su frase incisiva, lo explica de este modo: en todos los rasgos que Dios modelaba, al hacer el primer Adán tenía presente en su inteligencia á Cristo que debía ser hombre: *Quod cumque limus exprimebatur, Christus cogitabatur homo futurus.*

El pensamiento, pues, de Dios, al realizar la creación, es Cristo.

Para este príncipe de la creación se necesitaban súbditos y una casa; así lo dice San Pablo: *Chris-*

<sup>1</sup> Ad. Rom; V-14.

*tus vero tamquam filius in domo sua, quæ domus sumus nos.*<sup>1</sup>

Cristo, en la intención de Dios, fué lo primero; en la realización, fué lo último.

La ejecución sigue el orden inverso de la intención.

Dios, por lo mismo, para llegar á Cristo, comenzó la creación por la tierra, que es la creatura menos noble; siguió por las plantas, los animales y los hombres: así preparó la casa para el Rey de la creación.

Coronó sus obras, por la más noble de todas, produciendo á su Hijo Unico en un cuerpo humano.

Le hizo nacer en medio de todos los tiempos, como á un Monarca en medio de todos sus Estados, á fin de que todos los siglos que le precedieron y todos los siglos que le siguieran, se refirieran á él como al centro de todos los seres.

Cristo era el fin de la creación, tenía que ser el coronamiento de esa obra portentosa.

La primera página del Génesis, nos lo revela sin duda.

Dios, cuando iba cerrando sucesivamente ca-

<sup>1</sup> Ad. Heb. III-16.

da uno de los órdenes de la creación, expresaba su complacencia con esta palabra de que se vale Moisés: *Y vió que era bueno.*

Una sola creación quedó privada de ese testimonio: la creación del hombre, la creación de la obra más importante que en el orden sensible había salido de las manos de Dios.

Verdad es, que al terminarse todas las obras, las aprobó el Señor, diciendo que eran muy buenas.

Pero independientemente de este testimonio general, en que sin duda está comprendido el hombre, no recibió éste, de los labios del Creador, la especial aprobación que había dado á las diversas creaciones sucesivas.

Esto parece indicar que todas las cosas, con excepción del hombre, habían tocado, en el momento de ser creadas, el límite de su perfección: ninguna de las diversas especies que en ese orden se comprendían, podían nacer, en lo sucesivo, más perfectas que aquellas que salieran inmediatamente de las manos de Dios.

Para el hombre no fué así.

Parece que Dios se reservó un complemento, un coronamiento de esa obra: esa obra no fué se-

llada como las otras: Dios la dejó abierta, como para poner sobre ella la verdadera palabra de su pensamiento.

Y así fué: cuando Cristo tomó la naturaleza humana, cuando se presentó hecho hombre, entonces fué cuando se hizo escuchar la voz de Dios, que decía: "Este es mi hijo amado, en el que me he complacido."

No podía revelarse, con mayor majestad, con frase más clara, que aquel hombre era un Dios, era el verdadero fin de las obras creadas.

"Todo ha sido hecho, dice San Francisco de Sales, tan profundo teólogo, como admirable santo, para este hombre divino, á quien por esta razón se llama el primogénito de la creación."

San Bernardo ve también, en la encarnación del Verbo, una *mixtura*, como él la llama, que es el término y el coronamiento de la espiral ascendente de la creación.

Dios, en concepto de San Bernardo, toma el polvo de la tierra y le infunde una virtud vital, *vim vitalem* y hace los árboles: no se detiene aquí, infunde al mismo polvo de la tierra una fuerza sensible, *vim sensibilem* y hace á los animales; queriendo honrar más á este polvo de la tierra,

inspira en él una virtud racional, *vim rationalem* y hace á los hombres: aun no se detiene aquí su amor: quiere levantar á excelsa altura la flaqueza humana, y entonces reduce su majestad, *contraxit se majestas*, para que lo que tenía de mejor, El mismo, se uniese á la naturaleza y apareciera un Dios Hombre, Cristo.

Cristo, pues, según la frase de San Pablo, recapitula en sí toda la creación, todas las cosas que existen en el cielo y en la tierra.

De este modo, Cristo, que rendía á Dios el homenaje debido, realizando el primer fin de la creación; hecho Rey de la creación, porque para él estaba hecha, realiza el segundo fin: Cristo es el Rey del Universo: Cristo adoraba á Dios, como Pontífice: Cristo como Rey es adorado por las creaturas todas.

---

El plan que Dios concibiera para realizar el segundo fin de la creación y que nos han revelado con su palabra divina las Escrituras Santas, se impone á la razón sin esfuerzo alguno.

Si en Cristo no se hubiera unido la naturaleza

humana á la naturaleza divina, la creación no tendría como príncipe á Cristo.

En el hombre, solo, en el Verbo, solo, no puede verse al heredero de todo el universo.

El hombre, solo, es absorbido, digamos así, por la creación.

Sería un heredero que, usando el lenguaje de los jurisconsultos, no podría sostener tal herencia, cumplir los cargos que le impone, recibir de ella los honores, justificar, en una palabra, que él era el fin de la creación.

“El hombre, solo, dice Augusto Nicolás, no es la razón de la creación.”

Desde luego, no conoce de la creación angélica y de la creación intelectual, ni la naturaleza, ni la extensión, fuera de la que es propia de su especie.

El hombre es inferior á la creación angélica ó extraño á ella.

Con respecto á la creación sensible, tal como aparece á nuestros ojos en el pequeño globo que habitamos, el hombre no es superior á ella: tiene una superioridad de nobleza y de naturaleza, pero no de autoridad y de posesión.

Limitado en su inteligencia, como en su cuer-

po, no puede conocer el principio ni el fin de las cosas.

“Sólo el autor de las maravillas que el mundo encierra, dice Pascal, puede comprenderlas y dominarlas.

El hombre, solo, no podía ser, por demasiado pequeño, el soberano de la creación.

Tampoco podría serlo, por demasiado grande, el Verbo Divino.

La creación entera, se pierde en el abismo de los tesoros de la sabiduría divina, de donde ha salido todo y que nada necesita recibir.

Referir la creación al Verbo, equivale á aumentar el Océano con una gota.

“El Verbo de Dios, agrega Augusto Nicolás, es demasiado grande para ser el heredero de la creación, para ser instituido tal, para ser exaltado sobre todas las criaturas, para recibir como un don, el principado del universo.

Para el Verbo, siendo Dios, sería más bien descender, que subir el asentarse sobre el trono de la creación, que no es, ni puede ser, más que el escabel de sus piés.

Así es, que ni el hombre, ni el Verbo aisladamente, responden al segundo fin de la creación:

el uno, está muy abajo de ella, y el otro, muy por encima.

El Hombre-Dios es quien resuelve el problema.

Siendo Dios y Hombre, al mismo tiempo; ni está por encima del honor de este reinado, siendo hombre, ni está muy abajo de su cargo, siendo Dios.

Cristo, en su humanidad, es como está constituido heredero del universo, exaltado sobre el trono de la creación; á sus piés, somete Dios todas las cosas, y por eso, al escuchar su nombre, toda rodilla se dobla, en el cielo, en la tierra, en los abismos.

Si este honor, es inferior á Dios, no lo es al hombre, no lo es al Hombre-Dios.

Honor prodigioso para la humanidad.

El Verbo, unido á ella, eleva nuestra naturaleza sobre los ángeles, los serafines, sobre todos los cielos, y la hace entrar y sentarse eternamente, en las profundidades de la unidad divina.

Los espíritus puros no han podido sostener la prueba á que fueron sometidos: muchos de ellos, juzgando indebida la unión de la divinidad con una naturaleza inferior á ellos, mejor que rendirle

una adoración, rompieron con su eterna felicidad. Los que á esa prueba quedaron fieles, sometiendo á los decretos divinos, se apresuran á rendirle sus adoraciones, con amor, no solamente en el cielo, sino también en la tierra y alrededor de nuestros altares, en donde nos disputan el lugar para rendir á Cristo sus homenajes y frecuentemente vengar nuestra ingratitud y nuestro abandono.

Esta verdad es casi de sentimiento.

Ella inspiró á una santa mujer estas frases, llenas de deliciosa elocuencia: "Algunas veces, dice, me dirijo á los espíritus bienaventurados que rodean la invencible majestad de mi Dios, oculta bajo los velos del Sacramento, y les digo. No es para vosotros, para quien está aquí; es para mí: dejadme, pues, este lugar que ocupáis cerca de El: ¿por qué me lo quitáis? ¿no os es bastante el cielo en que le contempláis en su gloria? Dejad, os ruego, ese lugar á su amante desterrada, que no pide para consuelo de su destierro, sino hallarse más cerca de su trono de amor."

En otro lugar, deplorando el abandono en que dejamos con frecuencia á Cristo en el Tabernáculo, lanza este grito, que es el de un ángel: "Oh,

mundo perverso, tu estupidez me asombra y me espanta!

“En Cristo, la divinidad habita corporalmente en toda su plenitud.

“En consecuencia, este hombre divino tiene á su disposición el poder de un Dios para ejercer su reinado en la tierra.

“El mismo decía á sus Apóstoles: “Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra.”

Y en otra ocasión solemne, agregaba: “¿Pensáis que no puedo rogar á mi Padre, y El me enviará al punto más de doce legiones de ángeles?”

Y uno de los Evangelistas recuerda, en efecto, que después de la última tentación que Cristo sufriera en el desierto, se aproximaban á El los ángeles y le servían.

El universo todo sentía á la divinidad presente en Cristo.

Un milagro permanente detenía las manifestaciones de las criaturas insensibles ante Cristo, que había venido á sufrir las humillaciones más amargas por salvar al hombre.

Pero en una hora solemne, cuando la muerte de Cristo consumó la expiación universal, estallaron, en testimonio lúgubre de dolor, en tinie-

blas, en movimiento de los peñascos, en disolución de la naturaleza que parecía, en sus convulsiones, hacer escuchar el grito de que hace memoria Plutarco, y que conmovía al paganismo: El gran Pan ha muerto.

Cristo, bajo el velo de la humana naturaleza, es el rey de la creación. Donde más se descubre su soberanía, es en su reino espiritual.

Apenas consuma su sacrificio, prefigurado por cuarenta siglos de sacrificios universales, su humanidad glorificada crea un mundo nuevo, más glorioso para el Verbo Encarnado, que lo fuera la creación sensible para el Verbo oculto en las profundidades de la eternidad.

Al crear al mundo visible, obraba sobre naturalezas inertes y serviles; al crear al mundo espiritual, obraba sobre naturalezas libres y rebeldes: en la primera creación, obraba sobre la nada; en la segunda, sobre el pecado: en la primera, creaba, mandando, en la segunda, creaba obedeciendo.

Del instrumento de su suplicio, hace un trono; de sus heridas, una arma; de sus sufrimientos, un encanto y un atractivo; de su ignominia, una gloria; de su locura una sabiduría; de su anonadamiento, una majestad soberana.



Con esas armas, hace que desaparezca el mundo, idólatra de la fuerza, de la crueldad, de los placeres, del orgullo, de la filosofía, de la gloria de la fortuna.

En lugar de ese mundo, que desapareció con sus corrupciones, establece la adoración de su Cruz, el amor de sus sufrimientos, la ambición de su ignominia, la contemplación de su locura.

Y la Cruz y las ignominias, se hacen la fuerza, la gloria, la vida, la civilización del mundo para siempre.

Ese mundo, aunque siempre se levanta contra Cristo, es de Cristo: *vos autem Christi.*

#### TERCER FIN DE LA CREACIÓN.

El fin inmediato de la creación, es el hombre. El hombre, en la esfera de la que es centro, es el jefe, el príncipe de la creación.

En el libro de los salmos, divinamente inspirado, se proclama por David, verdad tan dulce para el hombre.

“Lo has hecho un poco menos que los ángeles,

dice el Profeta Rey, hablando del hombre, lo has coronado de honor y de gloria y lo has constituido sobre todas las obras de tus manos.”

En este universo, que el hombre abraza con su mirada, es el único que piensa, el único que tiene conciencia; conciencia de sí mismo y conciencia del universo.

Resumiendo en su persona todos los reinos de la creación, es independiente de ellos por el don precioso de su libertad, y los sujeta á todos por el poder de su genio.

El hace que todos, sumisos, ofrezcan satisfacción á sus necesidades y aun á sus deseos.

El parece que comunica á las fuezas de la naturaleza, su inteligencia y su voluntad, á proporción que las domina.

Si el imperio que ejerce, encuentra límites, son límites que se retiran, sin cesar, ante él, y que, por lo mismo, no tienen tal carácter.

El hombre es en potencia, que cada día ve convertirse en acto, el heredero de la creación.

La felicidad de las criaturas es sin duda el tercer fin que se propuso el Creador al sacarlas de la nada.

Esta intención del amor de Dios por el hom-

bre y por todas las criaturas inferiores, está escrita profundamente en nuestro corazón, en el instinto de los animales, en la vida de las plantas, en el armonioso movimiento de los cuerpos y en cada anillo, por decirlo así, de esta cadena de atracción y de imán que atrae á todos los seres.

Todo goza ó aspira á gozar; todo respira la felicidad ó su promesa.

Hay una bondad atractiva y expansiva en el fondo de todas las cosas, y esta bondad es como el centro de la creación.

Pero aun para que las criaturas alcancen esa felicidad, que Dios se propuso que alcanzaran al crearlas, entraba en el plan divino la existencia de Cristo.

El hombre no es su propio fin, porque no es su principio.

El hombre viene de Dios y de él depende; pero Dios lo hizo, lo mismo que todas las cosas, por medio de su Verbo.

De manera que el Verbo es el principio activo de todo lo que existe en el orden sensible, del cual es arquetipo; en el orden intelectual, del cual es luz, y en el orden moral, del cual es ley.

Ese Verbo, una vez encarnado, es Cristo y así

lo dijo cuando andaba por el mundo: *yo que os hablo, soy el principio. Principium qui et loquor vobis.*

Pero Cristo no sólo es el principio de los seres, por quien Dios los ha criado: *omnia per ipsum facta sunt* sino que es el fin para quien los ha criado: *propter quem omnia.*

Cristo no es el término final de nuestro destino, es solamente el fin mediador, la cabeza.

Nuestro término final es Dios, para el cual hizo á Cristo y á nosotros para Cristo, al que debemos seguir.

Todas las ventajas naturales de que gozamos, todo el orden de la naturaleza que se resume en nosotros, no pueden servir más que para esta obra de ascensión á Dios, que constituye el orden de la gracia, á fin de tocar nuestro destino en Dios, que constituye el orden de la gloria.

De manera que todas las cosas que el universo nos presenta, no son nuestras por la posesión, sino por el uso y por el fin.

Si seguimos á Cristo, si somos de Cristo, todas las cosas son verdaderamente nuestras.

*Omnia vestra sunt*, decía San Pablo, *vos autem Christi.* De manera que, podemos decir, que

la tierra se hizo para las plantas, las plantas para los animales, los animales para el hombre, el hombre para Cristo, Cristo para Dios.

El mundo inferior está hecho para el hombre; el hombre es su último fin: el hombre está hecho para Cristo, Cristo es su fin, pero su fin mediador: Cristo, para Dios, es el fin último.

Cuando el hombre se aleja de Cristo, cuando el hombre no posee las cosas, fijando la mirada en Cristo, realmente esas cosas no son suyas, nada tiene.

Hay muchos ricos, muchos poderosos en el mundo: la industria despliega inmensamente sus recursos, para satisfacerlos, para acrecentar su dominación; el hombre no hace más que extender la mano, y, del uno al otro extremo del mundo, los elementos vuelan para ejecutar las órdenes de su pensamiento, los más caprichosos deseos de su corazón.

Pero en este progreso de la dominación del hombre, se nota el progreso de su esclavitud: mientras más posee, más poseído es; cuanto más tiene, es menos amo y señor; sus necesidades se extienden como sus goces, y sus conquistas lo devoran.

La historia da testimonio de esta verdad.

A los grandes del mundo, en todos los países y en todos los climas, los placeres les desencantan; los males les afligen; el fastidio les consume, la muerte les cosecha, y después de haberse atormentado toda su vida con el problema de la felicidad, el *Incognoscible*, como ellos dicen, los absorbe eternamente.

No puede, entonces, el hombre, ser el fin de la creación, el príncipe de ella, sin el socorro de Cristo, y este socorro de Cristo, por medio del cual reina el hombre, es el precio misericordioso de su sumisión á Cristo.

El hombre que, por esta sumisión, recibe de Cristo el auxilio, es dueño del mundo, es el rico por excelencia.

Todas las criaturas sirven á su cuerpo y á su alma que las domina por el desprendimiento; la vida es para él como un campo en que recoge méritos; el mundo es para él como un tránsito á la eterna vida. La prosperidad y las congojas están igualmente bajo su imperio, porque las torna en provecho suyo por el buen uso que de ellas hace; el mal mismo, el infierno, están bajo su dominación, porque los pisa y triunfa de ellos,

Esto no es una vana amplificación, dice Augusto Nicolás. Nada hay más real que esta libertad, que esta fuerza, que esta plenitud de vida y de autoridad, siempre renaciente en el alma del verdadero cristiano.

Súbdito de Cristo, ejércese sobre el mundo el poder que Cristo tiene.

Cristo lo ha dicho: "He aquí, decía á sus Apóstoles, que os he dado el poder de marchar sobre las serpientes y sobre los escorpiones y sobre toda virtud del enemigo y nada es dañará."

Así es que, aun en el orden de la naturaleza, Cristo es el medio de que la creación alcanza su fin.

De esta manera el hombre es dueño de los bienes creados, de los bienes sensibles.

Pero no son sólo del hombre los bienes presentes, son también los bienes futuros, *omnia vestra sunt*, decía San Pablo, *sive præsentia, sive futura*.

Cristo nos asegura también esos bienes futuros, los bienes de la otra vida.

No tenemos derecho á ellos ni por naturaleza, ni, sobre todo, por la condición de desgracia á que nos redujo la rebelión de nuestro primer padre.

Este bien, perdido en Adán, nos lo reconquista

Cristo. Cristo es, en consecuencia, el medio por el que la creación, en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia, alcanza su fin, que es la gloria de Dios.

#### EL PLAN DIVINO DE LA ENCARNACIÓN.

Dios ha hecho la creación para El mismo, para Cristo y para los escogidos.

Ya hemos manifestado como, en el plan de la creación, entra Cristo para realizar los tres fines que su autor se propuso al llamarla á la vida.

Así es que, la Encarnación del Verbo tenía que realizarse para que la creación llenara esos tres fines.

Podía, pues, decirse que la razón de la encarnación está en la creación del Mundo, en la creación del Universo.

La Escritura, sin embargo, expresa que la Encarnación no tiene más motivo que salvar al hombre, *Venit filius hominis quærere et saluum facere quod perierat*.

O lo que es lo mismo, la Encarnación sólo tuvo